

IRREGULARIDADES CONSENTIDAS

No es necesario escarbar mucho para darse cuenta que la transparencia, de la que tanto alardeamos en nuestra propia universidad, se limita a unos campos seleccionados que permiten dar la sensación de tener a nuestro alcance toda la información deseada para analizar, cuantificar y valorar la gestión de nuestra Institución.

Pero existen muchas zonas ocultas, grandes agujeros negros, en las que se oculta de forma inexplicable irregularidades no depuradas, que no sólo perjudican a las personas afectadas por las mismas, sino a la propia Institución. Es difícil de entender porque, aun a pesar de estar aparentemente dotados de todos los mecanismos y protocolos necesarios para manejar y sancionar actuaciones del todo reprochables, se opta por el camino de mirar a otro lado, ocultando y consintiendo situaciones inadmisibles y malgastando los recursos, ya de por si escasos, en mantener dichas irregularidades en lugar de depurarlas contundentemente.

Con esta forma de proceder se consigue dar la imagen, interesada pero equivocada, de que nuestra universidad no tiene problemas graves, sino que lo males provienen siempre del exterior, evitando así responsabilidades internas que impiden aportar la solución.

Los que no comulgamos con esta forma de proceder, los que continuamos defendiendo las cosas bien hechas, debemos ser resilientes y no perecer en el intento de evidenciar estos casos a pesar de lo hostil que pueda llegar a ser el escenario. El precio de ser exigentes o intolerantes con la irregularidad, en muchas ocasiones, es parecer absurdamente el propio culpable. Conviene recordar que tan culpable es quien comete una irregularidad como quien la consiente por omisión.

Al final, como cita Aristóteles “somos lo que hacemos de forma repetida, la excelencia no es un acto, sino un hábito”.

